

SARITA QUENAN
GRADO ONCE
I.E.M. MARÍA GORETTI

“Comienzo”

Hace algún tiempo había renunciado a su empleo de mesero con otros propósitos en mente. Había estado estresado los últimos meses y sus pensamientos que cambiaban con frecuencia no lo dejaban en paz. El tratar constantemente con clientes enojados y amargados —mayormente ancianos y personas que pasaron por un mal día— cien veces más de lo que tenían que tratar los demás empleados, y al final pagar por los platos rotos, lo había agobiado demasiado. Marco no estaba acostumbrado a eso y se irritaba por cualquier cosa.

Era alguien indómito, sin duda. Pero también con una suerte de mierda. El trabajo no era lo único agobiante, su pasado era lo peor. Sabía que estaba mal recordar cosas que le afectaran tanto, pero era imposible y no tenía ninguna distracción para evitar ese pensamiento. Así que decidió tomar un descanso indefinido hasta que su irritación bajara y su positivismo subiera, que lo empujara a cumplir los sueños que desde pequeño había tenido, pero que no se había preocupado por cumplirlos. Necesitaba motivación.

Ese día en especial era una fecha que había anotado en su calendario, previendo de antemano que sería la ocasión en que implementaría nuevas disciplinas a su vida. Él realmente estaba decidido en lo que quería hacer. Ahí, tendido en la cama, con los brazos a cada lado y observando el techo níveo en un gran silencio, pensaba.

Siseó con desagrado al escuchar el timbre de su casa. Frunció el ceño con desconcierto: ¿quién podría ser? Él no tenía amigos cercanos, ni siquiera se llevaba con los ex compañeros del restaurante, y sus parientes estaban demasiado lejos para saber su ubicación exacta. Sus vecinos aún menos, él era conocido en el lugar por tirarles la puerta o ni siquiera abrirla si llegaban a timbrar a su vivienda.

Cuando otra vez tocaron, se puso de pie y prefirió averiguar a través de la ventana antes de bajar a abrir la puerta. Lo primero que vio fue a un hombre y una mujer, posiblemente pasados los cuarenta años, vistiendo formalmente, uno con una corbata bien

puesta y la mujer con una falda con estampados de flores. Debajo de la axila del hombre había un libro muy conocido para Marco.

Entrecerró los ojos, sin embargo, se sorprendió cuando vio a otra persona entrar en su campo de visión, era un chico joven, pelinegro que vestía más informal, y por el parecido con los dos, concluyó que posiblemente era su hijo. Soltó un suspiro, era ateo, no lograrían convencerlo por muy creyentes que sean; sin embargo, dada la situación, y recordando su antiguo comportamiento de tirarles la puerta en la cara a todos, pensó que el dejarlos pasar sería un buen comienzo para abandonar su malhumor. Bajó las escaleras con rapidez y abrió la puerta. Realmente no sabía que expresión poner. Los tres visitantes sonrieron con amabilidad. El mayor inhaló y abrió la boca para empezar a explicarle los propósitos de la visita. Pero Marco entró en pánico; no acostumbraba a ser amable.

—¡Pasen! —interrumpió de un grito, maldiciéndose internamente cuando vio los rostros sorprendidos de todos a excepción del chico, que le sonreía con familiaridad —Por favor... —dijo bajando su voz.

Los dos se relajaron y simplemente volvieron a sonreírle comprendiendo. Era inusual ver esa emoción en alguien de su edad sobre este tema, en especial, si consideraban como estaba el mundo actual. Marco se hizo a un lado, los dejó seguir y cerró la puerta tras él.

—Me agrada tu entusiasmo, muchacho. —El hombre mayor le palmeó el hombro y su esposa asintió.

—Sí. A algunas personas ya no les interesa mucho esto —dijo con una expresión de resignación—. Pero veo que tu caso es diferente. ¿Te importaría escucharnos?

—Claro. —Hizo un esfuerzo por alegrarse, pero lo único que le salió fue una mueca.

Marco no había querido hablar, simplemente les sirvió una taza de té y escuchó todo, intentando concentrarse en sus palabras. Su hijo no había dicho casi nada, pero hacia aportes de vez en cuando, aunque no se acordaba a ciencia cierta qué fue lo que habían explicado. La pareja de casados también había incentivado a Marco a opinar, pero él se puso nervioso y escapó de la situación con la excusa de que le dolía el estómago.

El dolor de estómago no era mentira. Con toda la agitación y calor del momento se

había olvidado de que tenía hambre e iba a almorzar. Y ya eran casi las cuatro de la tarde. Esto de ser amable era complicado. Respiró pesadamente pasándose una mano por la frente y sobando esta parte, sin saber qué hacer.

Maldición, ¿cómo se libraba ahora? No quería quedar mal, y se sentía idiota. Escuchó un carraspeo desde la entrada a la cocina. Marco pegó un salto del susto y se giró con velocidad, vio a ese «chico» apoyado en el marco de la puerta. No había escuchado los pasos por el nerviosismo. El pelinegro alzó sus manos hasta la altura del pecho como disculpa.

—Lo siento. He sido imprudente en venir así.

Marco suspiró con alivio, dejando salir el aire que había acumulado. Lo miró por unos segundos antes de volver a su posición anterior, apoyando de nuevo sus manos sobre el mesón.

—Yo... Está bien. No importa.

El azabache, Tobías, asintió lentamente para sí mismo, y dejó que pasaran unos segundos hasta que el rubio se estabilizara. Desvió la mirada a otro punto pensando en ese detalle del que se había dado cuenta al ver el comportamiento extraño de Marco.

—Tú... —comenzó con cuidado, llamando la atención del otro, que solo lo miró sin voltear la cabeza, expectante a lo que diría—. ¿Eres ateo?

Marco volvió a despegarse del mesón, quedando en una posición en la que pudiera ver a la perfección al otro. Movi6 sus dedos para quitar un mech6n de cabello rubio y mir6 a Tobías con confusi6n.

—¿Qué dices? —dijo un poco desconcertado: ¿por qué le preguntaba algo así? Se removió con algo de molestia y advertencia—. ¿Qué pasa si digo que sí?

Tobías observó al más bajito, analizándolo con una expresi6n pensativa y segura. Con los brazos sobre su est6mago decidió responder:

—Nada. Sí lo que te preocupa es mi reacci6n, entonces debes saber que soy ateo.

Marco se calmó un poco, pero rápidamente soltó un resoplido al escuchar la última frase del hombre pelinegro.

—No es eso. —Chasqueó la lengua y se tocó el puente de la nariz con el dedo índice. Sé que hay algunas personas que son muy radicales en sus creencias—dijo en un suspiro, agachando su vista momentáneamente. Tobías asintió.

—Mis padres no son radicales. —Suavizó su voz. Con una mirada ahora estoica, se adentró más a la cocina y colocó una mano en el mesón del centro—. Ellos son intensos, aunque no se dan cuenta de ello.

—Lo noté. —Se dio media vuelta y caminó un poco hasta los estantes para agarrar un vaso transparente, teniendo que ponerse de puntitas. Tobías lo siguió con la mirada

—Pero veo que no son malas personas —dijo mientras abría la nevera y sacaba una jarra de agua fría, sirviéndose en el vaso hasta dejarlo lleno, luego vio al azabache.

—¿Quieres?

Tobías negó y agradeció en silencio. Marco cerró la nevera y se acercó a uno de los bancos sentándose y poniendo el vaso sobre la superficie marrón.

—No lo son. También tienen defectos y virtudes como todos, pero definitivamente entran en el grupo de buenas personas.

Marco bebió gran cantidad de agua inclinándose hacia atrás. Dejó el vaso casi vacío en la mesa y se limpió los restos de agua de su boca con la manga del saco. Miró a Tobías intensamente.

—Eso me hace pensar. —Se relamió los labios y Tobías lo observó, esperando a que continuara. —Se me hace inusual que vinieras como testigo de Jehová siendo ateo —dijo—. Ellos... ¿saben que eres ateo? —preguntó finalmente. Tobías asintió. Marco parpadeó varias veces, sintiendo que quizás sus oídos lo habían engañado.

—¿Lo saben?

—Sí. Lo saben —confirmó.

Marco se relamió de nuevo y dirigió los dedos de su mano izquierda a la boca, atrapando con fuerza una uña entre sus dientes, la mordió una y otra vez mientras repasaba los recuerdos que lo habían estado perturbando siempre.

Él había crecido relacionándose con seres muy radicales, fanáticos, de esos con los que no se puede dialogar, de los que no se entienden con palabras. Sabía que había diversidad de personas claramente, pero solo había conocido la parte mala de todas ellas; así que se sorprendía de la situación de Tobías.

—¿Qué te dijeron? —cuestionó de nuevo, bastante interesado.

Tobías inclinó la cabeza hacia atrás para observar el techo, un movimiento inconsciente que le facilitaba recordar algo.

—Decidimos no pelear sobre este tema religioso. —Suspiró—. Pero si hablamos con anterioridad para que en el futuro no exista alguna incomodidad. Ellos están muy felices ahora y yo ya seré completamente independiente en un tiempo, así que no hay ningún problema.

Marco volvió a bajar la mirada, perdido. Quizás si con hablar hubiera podido arreglar algo con sus parientes que no había visto hace seis años, no hubiera dudado en hacerlo, pero ese no fue el caso, ni siquiera se acercó a serlo. Sacudió la cabeza. De nuevo recordaba cosas desagradables.

—Vaya... —dijo con un tinte melancólico. Cuando Tobías se dio cuenta del tono, miró detenidamente a Marco estudiando su rostro con empeño. Marco necesitaba ayuda.

—¿Qué sucede? —preguntó cuidadosamente.

—No. No sucede nada. —Negó con la cabeza y miró al piso, más tranquilo.

Tobías suspiró y se aproximó a Marco. Marco subió la cabeza, encontrándose con las pupilas oscuras del hombre.

—¿Deseas hacer algo? —Marco lo miró confundido—. Me refiero a que si tienes el deseo de cumplir una meta o un sueño—explicó al notar la confusión del rubio.

La pregunta había sido hecha de un momento para otro, pero es algo que no reprocharía; estaba demasiado tranquilo ahora a pesar de sus recuerdos. Un poco sorprendido, bajó un poco la cabeza. Por supuesto que tenía un sueño y metas por cumplir, desde muy niño lo tenía bien claro mientras hacía garabatos en una hoja de papel o en el pequeño tablero de preescolar. Simplemente le faltaba motivación.

El tipo frente a él parecía ser un pan de Dios. Aunque el hombre muy poco le había demostrado tenía algo que le hacía pensar que la ayuda estaba ahí, frente a él. Una idea extravagante corrió repentinamente por su mente: ¿Qué pasaría si le indicaba todo lo que había hecho durante los últimos cinco años en la oscuridad de esa habitación que había clausurado? Nunca lo había mostrado a nadie, nunca lo hizo notorio, ni sus parientes se llegaron a enterar de eso alguna vez. Pero siempre tuvo en mente lo que quería hacer y no lo había hecho.

—Yo... Bueno —dijo con vacilación. Tobías fue paciente—... Tengo algo que me gusta hacer. —Se apartó con lentitud del camino de Tobías y siguió por su lado dejándolo atrás. El pelinegro se giró sin comprender lo que hacía, y Marco se detuvo en la entrada—. Ven, no te quedes ahí parado.

Tobías enarcó una ceja y formó una pequeña sonrisa al oír la última frase y la muletilla que, al parecer, el rubio tenía propio de él. ¿Por qué no había hablado así antes? Lo siguió. Realmente tenía curiosidad. Marco no había dicho nada durante todo el trayecto y a Tobías ya le estaba picando la garganta y la boca por hablar.

—¿Y bien? —Marco lo vio de reojo, percibiendo que en un abrir y cerrar de ojos el pelinegro se había puesto a su lado—. ¿A dónde vamos?

—No han pasado ni siete segundos —dijo suspirando, volviendo su vista al frente—. Te veías como un tipo paciente, pero tal parece que no.

—¿Has contado los segundos que hemos caminado? —indagó con un deje divertido y rascándose la mejilla.

—Llegamos —dijo, fingiendo no haber oído.

Tobías observó la puerta frente a él. Pudo divisar algo de polvo en ella, seguramente no la habían limpiado desde hace años. Marco tomó la manija y la giró.

Desde afuera pudo detectar el olor de una habitación a la cual no se ha entrado durante algún tiempo. Marco prendió la luz. Al estar en el centro del lugar el olor se intensificó, el polvo iba y venía opacando el olfato. Notó que estaba rodeado de sábanas blancas que tapaban algunos objetos. Bajó la mirada hasta la parte inferior de una de las mantas y pudo darse cuenta de que había un caballete.

En el piso también se amontonaban algunos soportes pictóricos, unos sin utilizar y otros con obras sin terminar. Divisó dos godetes en suelo al lado de un caballete, con pintura ya seca. En el suelo igualmente rodaban varios trozos de tela de diferentes colores, bastantes sucios por el polvo. Marco se acercó a uno de los caballetes y quitó el cobertor con fuerza. Tobías tosió un poco intentando disipar el polvo con una mano. Cambió su expresión a una sorprendida cuando pudo definir el contenido del lienzo. Marco fue desprendiendo una sábana tras otra y Tobías giró por completo el cuerpo alrededor de la habitación mientras miraba con la boca abierta las obras artísticas. Ahora, el polvo parecía ya no funcionar en

él y su sentido del olfato.

—Esto es... —Sus ojos brillaron, su cara embelesada por todo el arte que veía—, asombroso... —susurró con fascinación—. ¡Asombroso! ¡Es maravilloso! ¿Tú hiciste todo esto? —preguntó, volteándose con una sonrisa hacia el rubio. Pero la expresión se fue desvaneciendo al ver los ojos sombríos de Marco. Tobías se preocupó por eso. Pasó su vista por toda la escena, esta vez fijándose en los detalles a los que antes no le había prestado atención.

—¿Has pensado en venderlas alguna vez? —preguntó Tobías suavemente, atrayendo la atención de Marco.

—Lo he pensado. Pero no encuentro motivación para hacerlo —dijo, posando la mirada sobre el rostro de Tobías—. Esta es la primera vez que alguien ve lo que hay aquí.

Tobías se sorprendió, sin embargo, prefirió no decir nada. Con tranquilidad, se puso a observar cada lienzo minuciosamente. No tenía un concepto «profesional» del arte, no estudió eso. Pero era un docente matemático y convivía de manera constante con otros profesores. No era un ignorante. Marco era demasiado talentoso. Se detuvo cuando su mirada quedó estampada en una de las obras. No era la mejor, pero le había llamado la atención. Marco, al parecer, notó el aspecto de Tobías. Se impactó un poco al darse cuenta de lo que le había interesado.

—Es un ave de arcilla.

—¿Por qué de arcilla? —preguntó.

—Mi abuelo solía hacer figuras de arcilla —dijo con nostalgia—. Pinté esto recordándolo.

—Eso es muy lindo —admitió Tobías con una sonrisa.

Marco supo que todo se había detenido.

Su abuelo murió muy pronto, un dolor que mantuvo durante bastante tiempo en su infancia. Pero cuando se hizo adolescente y pudo pensar y examinar cada cosa mejor, comenzó a dudar demasiado de su propia familia, no, de esas personas con las que compartía sangre; hasta ahora sospechaba que no había sido una muerte normal.

Y el tiempo era corto, muy corto. Dos hombres que se toparon un día; Marco buscando cumplir su sueño, una motivación para hacerlo, y Tobías que, bondadosamente, no dudaría

en ayudar. Fuera de su escepticismo o pensamientos sobre el mundo, ambos habían visto algo en el otro, algo que los acercaría. Esto no acaba aquí, solo es otra historia, una historia personal y privada que no me corresponde contar.

—Nosotros... —comenzó Marco lentamente, su tono era bajo y mortal—, deberíamos volver.